

CAPÍTULO SEXTO

LA JUSTICIA DE DIOS

Serían como las once de la mañana del mismo día en que Margarita y Marcela dejaron á Nápoles, cuando Geraldina se acercaba á escuchar por la cuarta vez á la puerta del aposento de su señora; permaneció inmóvil largo rato, y en su hermoso semblante se pintó una expresión de pena.

—¡Santa Madonna! ¿Qué será esto?—exclamó separándose de la puerta.—¿Estará peor la signora? Ella me dijo anoche que llamaría temprano, y van á dar las once... ¿Y la signora Marcela dónde estará? ¿Dónde ha podido ir á estas horas?

Volvió á acercarse á la puerta de la alcoba y escuchó con la mayor atención, pero nada oyó.

—Voy á entrar—dijo poniendo la mano en la cerradura:—la signora es tan buena, que no me reñirá; y aunque la despierte y se enfade, prefiero eso á sufrir por más tiempo esta terrible ansiedad.

Abrió la puerta y entró en la alcoba; mas un débil grito salió de sus labios al encontrar el lecho solitario y desierto el gabinete.

La vista perspicaz de Geraldina echó también de menos el cuadro de la Virgen, al mismo tiem-

po que se fijaba en dos cartas colocadas sobre la mesa de noche.

La camarera las tomó con mano trémula y leyó los sobres: el uno, escrito de mano de Margarita, decía así: «*Para el señor don Justo de Astorga*». La otra carta tenía el mismo sobre, pero la letra era de hombre.

—Habrán salido juntas—murmuró Geraldina; —pero tan temprano me parece imposible.—Al decir estas palabras abandonó el dormitorio y entró en el aposento de Marcela; registró detenidamente la alcoba, y continuó después sus investigaciones por toda la casa, recorriéndola con el cuidado más prolijo.

La pobre muchacha volvió al dormitorio de Margarita, y tomando las dos cartas se dirigió al aposento de don Justo y llamó con mano trémula.

—Adelante—dijo la voz dulce y reposada del anciano.

Geraldina empujó la puerta y apareció en el umbral temblorosa y con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Ah! ¿eres tú, Geraldina?—dijo don Justo que escribía envuelto en una ancha bata.—Entra, entra sin recelo.

—¡Ah, mi querido signor!—exclamó la pobre joven;—si supiera usted lo que sucede!

—Explícate, hija mía—dijo don Justo levantándose y acercándose á la joven;—explícate. ¿Qué tienes? ¿qué ha sucedido? ¿Está peor tu señora?

—¡Ay, Dios mío, no lo sé!...—dijo la camarera llorando.—¡La signora no parece!...

—¡Cómo!... ¿qué dices?—exclamó don Justo con alterada voz.—¿Qué has dicho? ¿Que no parece Margarita!

—Yo no la encuentro, ni tampoco á la signora Marcela... Sólo he hallado estas dos cartas para usted.

Don Justo tomó las cartas con voz trémula: la una tenía el sello de Margarita; la otra, cerrada con lacre negro, tenía una corona de Barón.

—Espérame en la antecámara de la Baronesa, Geraldina—dijo don Justo;—luego voy á buscarle.

Geraldina salió enjugándose los ojos, y el anciano rompió el noma de lacre negro, que decía así:

«Hemos luchado con lealtad, Marqués, y Dios sabe que si hubiera usted vencido, me hubiese resignado á morir sin que una queja saliese de mis labios; pero el cielo ha desarmado su cólera viendo mi largo padecer.

»Esta noche he colocado en la alcoba de Margarita la carta que su madre le escribió estando ya en la agonía: yo ignoro el contenido de esa carta, porque me la entregó cerrada Valentina y cerrada ha permanecido hasta que la ha abierto la mano de su hija; era mi última esperanza, y Dios, en su infinita bondad, no ha querido desvanecerla.

»Margarita, después de leer ese escrito, ha huído del lado de usted y se ha embarcado en un buque español: estoy cierto de que se dirige á Aragón, porque la infeliz criatura no conoce más mundo que su patria, y aun en ella no tiene á quién pedir asilo; y casi me atrevo á asegurar que se amparará en los muros del convento de Santa Rosa, sepultando su desventurada juventud donde yo abrigué su niñez inocente y desvalida.

»Yo voy en pos de ella; síganos usted también, porque aún no es mía la victoria: Margarita quizá será de Dios en vez de ser mía ó de Adriano. Si llego á tiempo, recobraré mi tesoro; si no... asistiremos ambos al fallo del cielo y lo respetaremos.

»Adiós, Marqués; espero á usted en Zaragoza.

EL BARÓN DE MEDINA.»

Don Justo enjugó el sudor helado que inundaba sus sienes y abrió sin detenerse la carta de Margarita, concebida en los términos siguientes:

«Te dejo, querido padre mío, pero te dejo por el cielo. Si alguna vez vuelves á España, ven al convento de Santa Rosa, en Zaragoza, y pregunta por Sor Valentina.

»Da en mi nombre un adiós á Adriano; pero ocúltale lo que voy á revelarte: al creer que le

amaba, me engañaba yo misma; mi único, mi verdadero amor ha sido el hombre á quien estuve unida un mes, y juzga si este sentimiento habrá sido fuerte y poderoso cuando prefiero encerrarme con Dios y su recuerdo, á los seductores gozados con que me brinda el mundo.

»Cuida siempre, te lo suplico encarecidamente, de la pobre Geraldina, y si vas á Aragón llévala contigo.

»Adiós, querido y amoroso padre mío; sé dichoso tú que has sido mi único amparo en la tierra, desde que perdí á mi bienhechor... En la soledad del claustro yo rogaré al Señor por tu felicidad.

MARGARITA.»

Al concluir don Justo de leer esta carta, dejó caer la frente entre las manos y permaneció durante algunos instantes sumergido en un profundo abatimiento; cuando la levantó, brillaba en sus ojos un fuego extraño; volvió á acercarse á la mesa y escribió rápidamente las siguientes líneas:

«Dirígete sin perder tiempo á Zaragoza, y alójate en la fonda en que has vivido todo el tiempo que has permanecido en aquella ciudad. No esperes más aquí á Margarita ni á su tutor; ambos caminan hacia España sin darte el último adiós.

»¡Valor, hijo mío! Si esos dos seres á quienes tanto has querido te son ingratos, tu protector te

ama más que nunca, y te espera en la capital de Aragón para estrecharte contra su seno.

AMBROSIO.»

Don Justo cerró esta carta sin ponerle fecha y agitó el cordón de la campanilla.

—Toma esta carta, Francisco—dijo al criado que se presentó,—y llévala mañana por la noche á la fonda donde vive don Adriano de Mendoza.

Inclinóse el doméstico y desapareció. Don Justo tomó su sombrero y se dirigió á la habitación de la Baronesa.

Geraldina lloraba en la antecámara que ya conocemos.

—Vámonos, hija mía—dijo el anciano á la pobre muchacha, que se puso en pie al verle entrar.—Margarita ha tenido que dejar á Nápoles precipitadamente, pero me ha escrito diciéndome que la siga y que te lleve conmigo.

—¡Ah, mi buen signor... será posible!...—gritó la italiana dejando de llorar y juntando las manos.

—Vamos, vamos pronto—dijo don Justo;—sígueme.

La joven se dirigió á su aposento y salió, después de un instante, con un pequeño paquete debajo del brazo, que contenía un traje suyo completo.

Pronto llegaron á la playa. Iba á darse á la vela para España la fragata *Santa Isabel*, que debía

tocar en Cádiz, y los viajeros esperaban en el puerto el momento de embarcarse. Don Justo preguntó por el capitán y se dirigió á él.

—Caballero—dijo,—¿podré hacer la travesía en su buque de usted con esta joven que acompaño?

—Sí, señor—contestó el marino, anciano de aspecto honrado y bondadoso, aunque no tan aristocrático como el capitán del *Príncipe de Asturias*:—puede usted venir conmigo, porque la *Santa Isabel* es hermosa y capaz y su viaje será cómodo.

Palideció densamente don Justo al escuchar el nombre de la fragata, y una nube de tristeza pasó por sus ojos; inclinóse silencioso ante el capitán y fué á mezclarse entre los viajeros después de inscribir su nombre en un gran libro que le presentó el contra maestre.

—¡Al mar, señores!—gritó en la orilla el capitán; y todos los viajeros se dirigieron hacia él.

Cada uno fué saltando á su vez á la fragata, mas los ojos de don Justo brillaron al divisar un caballero español, á juzgar por su traje, que se embarcó de los últimos.

—¡Juntos ahora!—murmuró.—Sea así... Ya no puedo aborrecerle... Puesto que el cielo favorece su causa, sería una impiedad querer interpretar la justicia de Dios.

—¡Al mar, caballero!—repitió en aquel instante la sonora voz del capitán.

Estremecióse el anciano, y volvió sus ojos como despertando de un profundo y doloroso sueño. Geraldina acababa de embarcarse, y se apresuró á hacer lo mismo, porque sólo él quedaba ya en la orilla.

Un momento después, la *Santa Isabel* hendía las aguas serenas del golfo de Nápoles, en las que se reflejaba el ardiente sol de Italia.

CAPÍTULO SÉPTIMO

LA NOVICIA

Era una hermosa mañana del mes de Enero de 1816. La ciudad de Zaragoza, tranquila y risueña siempre, aparecía algún tanto agitada por la noticia que el día anterior había corrido de boca en boca, de que la joven Baronesa viuda de Medina tomaba el velo de religiosa en el convento de Santa Rosa, donde había sido educada.

Este acontecimiento había puesto en conmoción á la buena sociedad de la población, y las lindas zaragozanas se preparaban á lucir sus adornos en la profesión de la Baronesa de Medina.

Asegurábase que la madrina de la joven religiosa sería la Marquesa de A..., la más noble y poderosa dama de Aragón, y se decía la misma noche en todas partes que la Baronesa de Medina trocaba su dulce y poético nombre de Margarita por el de Valentina, que había sido el nombre de pila de su madre.

Desde muy temprano veíanse cruzar por la ciudad algunos carruajes con dirección á la linda y modesta iglesia de Santa Rosa, á la cual se dirigía también apresuradamente la muchedumbre.

La concurrencia llenó en breve hasta los más

oscuros rincones del templo, y era tan compacta en las inmediaciones del coro bajo, donde, según costumbre, debía tener lugar la ceremonia, que hubo síncope y desmayos, amén de los codazos y pisadas que menudean entre la gente que no sabe qué cosa es desmayarse.

Y sin embargo, personas de todas clases corrían aún en tropel hacia la iglesia.

Dieron por fin las diez en el reloj mayor de la Torre Nueva, y su vibrante sonido retumbó en las bóvedas del templo, iluminado con blandones sin número, adornado profusamente de flores y colgado de antiguos y preciosos tapices. Resonó la música al mismo tiempo que se descorrían las cortinas del coro bajo, y los espectadores más próximos á la reja pudieron ver el altar ante el cual iba á pronunciar sus votos la Baronesa de Medina, y dos anchos y magníficos sillones ocupados por la madrina y el Arzobispo que iba á celebrar el enlace entre Jesucristo y la joven Baronesa. Algo separadas del altar estaban las religiosas con la priora á su frente.

Todavía lo era Sor Luisa de la Asunción: su grave y hermosa figura se conservaba majestuosa y bella como el día en que Margarita dejó los muros de su convento.

De repente se agitó el gentío, y aquel mar inmenso de cabezas osciló por un movimiento simultáneo é igual; un murmullo sordo cubrió las voces de los cantores durante algunos instantes,

y la muchedumbre se apiñó aún más junto al coro bajo: acababa de entrar la novicia apoyada en el brazo de otra joven religiosa, y su belleza fué la que conmovió de aquella manera al concurso.

Llevaba Margarita un vestido blanco, liso, cuya falda se doblaba en el pavimento; sus cabellos, recogidos en un lazo que formaban dos gruesas trenzas, no llevaban ningún adorno, y ostentaban su riqueza y profusión, aumentando su brillo espléndido y dorado la multitud de luces; al verla se hubiera dicho que, al despojarse de su hábito de novicia, había querido dar á conocer que en nada tenía los adornos mundanos que iba á dejar.

Al entrar, la Marquesa de A... se levantó para recibirla, y la condujo cerca del Arzobispo.

Arrodillóse la joven á los pies del prelado, el cual se levantó con el libro de los Evangelios en la mano, y comenzó á pronunciar las oraciones que preceden á la profesión; mas en aquel instante se oyó un extraño rumor en la puerta, la gente se estrechó más y más, y abrió paso á un hombre pálido, desencajado, y en cuyo semblante se pintaba una profunda desesperación.

Aquel hombre era muy hermoso, á pesar del estado en que se encontraba; sus pálidas y hundidas mejillas patentizaban largos días de dolor, y sus rasgados ojos negros brillaban con un fulgor sombrío.

El concurso, atónito y conociendo que iba á suceder alguna cosa extraordinaria, le abrió calle

y pudo llegar cerca del coro bajo, á cuyas rejas se asió fuertemente.

—¡Detente, Margarita!...—gritó con voz fuerte; ¡detente!... ¡Tú no puedes ser de Dios, porque Él mismo te hizo mía!...

Al eco tembloroso de aquella voz volvióse la Baronesa; mas al fijarse sus atónitos ojos en aquel hombre, lanzó un agudo grito, cayendo desplomada á los pies del Arzobispo.

En aquel momento apareció en la puerta del coro bajo un religioso de la Merced, de alta estatura é imponente aspecto, y se dirigió á la reja.

—Señor—dijo adelantándose hacia el Arzobispo:—esa joven no puede ser religiosa, porque es la esposa de ese hombre á quien creía muerto.

Un grito de angustia suprema se oyó al otro lado de la verja; sin duda resonó en el corazón del religioso, porque palideció aún más al oírlo y apretó fuertemente sus manos contra el pecho.

—¡Adriano!—murmuró débilmente al mismo tiempo que dos religiosas sacaban á Margarita desmayada.

El monje salió en pos de ellas y abrió la verja de la portería. Fuera del atrio había un coche, cuyos lacayos vestían la librea verde galoneada de oro de la casa de Medina; el monje puso á la joven, privada aún de sentido, en los brazos de su esposo, que la esperaba en el umbral de la puerta.

Alberto oprimió frenéticamente contra su cora-

zón á la pobre Margarita, y entró con ella en su coche, que tomó á galope el camino de la quinta.

—¡Adiós!...—murmuró el monje,—¡adiós! ¡Me has vencido!... ¡Para ti, la dicha... el amor... el placer!...; ¡para mí, la tristeza... la soledad!...; ¡para el infeliz Adriano, la muerte, como su hermana!... ¡¡Cúmplase la voluntad de Dios!!

CAPÍTULO OCTAVO

EL PERDÓN

Ya había tendido la noche su negro manto reemplazando á los fulgores del sol que alumbrara el siguiente día de aquel en que la gente que acudió á ver la profesión de la joven Baronesa de Medina, se dispersó silenciosa y descontenta. Los buenos zaragozanos hubieran preferido dejar para siempre sepultada entre las paredes del convento á la joven, á ver aparecer al esposo, por extraño que esto fuese, y les parecía que el espectáculo quedaba incompleto y que no era justo haberles incomodado para tan poca cosa.

Pero dejémosles quejarse á su sabor; dejemos á las lindas muchachas enfadarse, y volvamos al convento en que durante tanto tiempo se habían albergado el dolor y los proyectos de venganza del Marqués de Santa Fe.

Las nueve de la noche acababan de sonar en el reloj del convento, cuando el Barón de Medina llegaba á la puerta á caballo, lo mismo que el lacayo que le acompañaba; apeóse este último y llamó. Pronto se oyeron detrás de la puerta los pasos lentos é iguales del lego, y un momen-